

Históricas Digital

Silvio Zavala

“Apreciación sobre el historiador en la historia”

p. 63-72

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



APRECIACIÓN SOBRE EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA

SILVIO ZAVALA*

En esta conferencia quiero relatarles aquellas cosas de las que me acuerdo, después de ciertos años de ejercer el oficio. Mucho se discutía hace tiempo acerca de si la historia es o no ciencia, si se considera parte integrante de las disciplinas científicas. Tiempo después apareció la gran escuela alemana de Wilhelm Dilthey (cuyas obras tradujo Eugenio Ímaz para la edición del Fondo de Cultura Económica), y de otros filósofos de la historia, que decían que podía ser ciencia, pero una ciencia distinta, una ciencia humana, y que no debíamos confundirla con las ciencias matemáticas o con las ciencias naturales. Llegó también y muchos de ustedes deben haberse topado —así como Sancho y Don Quijote, por los caminos de España, se encontraron con la Santa Madre Iglesia—, con la historia económica y social, y eso es algo que tendremos que revisar ahora.

Ante todos estos problemas siempre he tenido una actitud un poco distinta; me he inclinado, tal vez a causa de ciertos consejos de la historiografía española, a comparar la tarea del historiador con la del artesano. Escojo este símil pues hacer historia es una especie de oficio, un oficio tan noble, digamos, como el del platero. Una vez definido este quehacer como un oficio artesanal, distingo entre el platero que hace obras, que produce objetos de tal o cual calidad, y el artesano que explica el arte de la platería y da consejos, aprovechando su experiencia, para explicar qué es y qué se entiende, o entiende él ser un platero. Por eso distingo entre el historiador que hace sus objetos, sus obras, y aquel que se especializa en examinar las posiciones de los historiadores en el tiempo o la de los tratadistas de la historiografía. En español tenemos, gracias al Fondo de Cultura Económica, una línea muy amplia de estos libros tan sensatos que tratan sobre la historiografía griega. De suerte que en la actualidad el puro campo de estudio de la historiografía es amplísimo y no puede ser dejado de lado por los historiadores.

* El Colegio de México.

En cuanto a este segundo aspecto del arte de la historia, he hecho algunas incursiones de tiempo en tiempo, y lo que ahora puedo presentar es un breve resumen de algunos casos que me han llamado la atención. No hace mucho vino a México un historiador de origen inglés, Peter Bakewell, a quien le debemos un excelente estudio sobre la minería de Zacatecas. El doctor Bakewell quería conversar conmigo precisamente sobre nuestro arte, y la conversación, con el humor inglés por una parte y con mis años de trabajo por la otra, no dejó de tener cierto contenido y algunas dificultades. Yo la recogí en un trabajo que llamé “Conversación sobre historia” que se publicó primero en inglés –tal como Bakewell la captó– y después en español, como yo la percibí, y apareció en las *Memorias* de El Colegio Nacional, en el tomo X, número 1, del año de 1982. Me refiero a este trabajo porque, si se fijan en él, verán que ciertos asuntos han sido tratados también en un libro que fue editado posteriormente: *The New History and the Old, Critical Essays and Reappraisals*, por Gertrude Himmelfarb, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, England, 1987.

Yo en mi conversación había señalado que existen, actualmente, la que podríamos denominar una manera antigua de hacer historia y otra que ha aparecido después. Señalo esto porque en la presente conferencia vamos a tener que fijarnos en el libro de Gertrude Himmelfarb, que desde su título plantea la misma cuestión; si bien mi conversación tuvo lugar antes de aparecer esa obra, es interesante observar la coincidencia de que dicha historiadora plantea la misma problemática, trata el mismo tema. También podemos hacer algunas comparaciones entre lo que ella dice y lo que yo le comenté a Bakewell. Mencioné que, en Estados Unidos de América, desde fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX se había recibido la influencia del trabajo de los seminarios alemanes; esta influencia penetró en Estados Unidos, en primer término en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore, donde, como todos sabemos, había buenos profesores formados en esa escuela. Clarence H. Haring preparó, en la Universidad de Harvard, a importantes investigadores como Lewis Hanke. Herbert Eugene Bolton realizó un enorme trabajo sobre las fronteras y el sudoeste de Estados Unidos, dejando libros fundamentales. William Spence Robertson trabajó más bien la época de la independencia. De los historiadores más jóvenes, con mucha capacidad de trabajo y de comprensión del pasado, mencionaré a Arthur Scott Aiton, de la Universidad de Michigan, autor de la excelente y documentada biografía del primer virrey de Nueva España Antonio de Mendoza, impresa en Durham, Duke University, N. C., en 1927. Están también los trabajos muy importantes que hizo France Vinton Scholes para la Carnegie Institution de Washington, D. C., sobre la historia de la península de Yucatán en el periodo hispano. Hay que comprender que para

nosotros los historiadores de los países de habla española de América, sobre todo en el periodo que vino después del franquismo cuando hubo cierto aislamiento. una buena investigación, bien orientada, basada en fondos documentales que no estaban a nuestro alcance como eran, principalmente, los del Archivo de Indias, representaba mucho, tanto por la manera de ver las cosas como por las fuentes utilizadas. Por eso los historiadores de Estados Unidos que hacían ese esfuerzo y nos permitían consultar sus trabajos nos ayudaban a mejorar y ampliar nuestros propios estudios.

Otra cosa que le dije a Bakewell en relación con esto, y que venía del pasado no muy inmediato, es que la historia era vista como una historia política, de los estados de los hombres de gobierno, de las leyes, etcétera, pero todavía no terminaba el siglo XIX cuando ese enfoque empezó a cambiar, y principalmente en Europa apareció el movimiento que se llamaba “historia de la civilización”. Yo tuve en España un maestro distinguido de ese movimiento, don Rafael Altamira, autor de la primera historia de la civilización española entendida en la nueva forma. Después de esta mirada más amplia a la historia que no sólo discurría sobre el fenómeno político, sino sobre el económico, el social, y cultural –hasta de la pintura se hablaba en estos libros– ha venido una fuerte tendencia, de índole económica y social, que ha llevado, con el tiempo, a la historia cuantitativa: de curvas de precios, de producción y circulación de metales, de cifras de población aunque sean inventadas, de embarques, etcétera.

Fue considerada entonces como la corriente más importante y casi la única, lo cual no es cierto. Después se ha tendido (y esto, particularmente en Estados Unidos), a reducir el enfoque, a buscar al hombre pequeño, que dejó una huella menuda en un pequeño archivo notarial y a sostener que ésa es la verdadera historia. Si observamos por qué y cómo ha pasado esto no damos cuenta muy bien del camino recorrido, de sus etapas, pero no tenemos por qué aceptar todas las conclusiones, pues si bien por una parte amplían el examen a las capas de la población que antes solían ser olvidadas, y este aspecto es positivo, por la otra pretenden desconocer la utilidad de comprender las ideas generales de una época, de conocer el papel de los hombres importantes en ella, el funcionamiento de las instituciones; en suma, la complejidad de la realidad histórica que afecta a esos mismos estratos modestos de la población, que se rescatan como el objeto único del examen retrospectivo.

Yo he advertido, en un congreso reciente, que la ignorancia deliberada de esos aspectos de la historia no debe presentarse como una virtud metodológica. Recuerdo que todavía hace unos cuantos años (en medio de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial), había colegas que repetían que el error de la historiografía tradicional había sido fijarse en los estados y en

las guerras, y lo decían, precisamente, en esa coyuntura cuando todos teníamos que estar pendientes, entre otras cosas, de quién iba a ganar esa contienda, hecho que era de suma importancia para el mundo que iba a continuar viviendo. Por eso le comentaba yo a Bakewell que sin desconocer las razones y los aciertos de ciertos modos actuales de historiar no debemos pensar que van a quedar en su conjunto como una verdad duradera. Creo que la pluralidad en los enfoques de la historiografía es conveniente para el mejor y más completo conocimiento y comprensión de la historia.

Después de estos comentarios de orden general sobre el arte de la historia, quisiera hacer alguna referencia a lo nuestro, a lo que nos pasa con la historia de México. Este examen surgió de una petición que me hicieron para que diera una conferencia en un liceo internacional en Saint Germain, ubicado en las afueras de París, donde ingresan grupos de estudiantes seleccionados que, además de hacer su curso de estudios secundarios al estilo y con el método impuesto en Francia para sus propios liceos, quieren lograr una visión más amplia. Hay grupos de español, grupos de alemán, grupos de inglés, y claro, yo tuve que hablarle al grupo de español. Esta otra conversación sobre historia mexicana está incluida también en la *Memoria* de El Colegio Nacional, en el volumen del año de 1987, y de ella voy a traer unas breves referencias para que meditemos sobre el problema. Se refiere, como digo, a la época española y a la historia mexicana, y explicaba yo por qué nos resulta difícil poder entender un periodo amplio de nuestra historia y manejarlo con cierta cordura. Esa etapa comienza en 1519-1521 con trágicas guerras de conquista y termina en 1821 con otra larga —once años— guerra de independencia que puso término a la dominación política hispana. Se comprende que si bien nadie puede dudar sensatamente de que el contacto entre gentes y culturas estaba creando un nuevo pueblo y otro marco de civilización, no iba a ser fácil que los habitantes de la Nueva España entonces, y luego del México independiente, pudieran asimilar fácilmente las complejidades de esa historia. Cuando llega la crisis de la independencia, en algunas plumas este conflicto aparece como si fuera una reconquista de la soberanía perdida a raíz de la llegada de los españoles; en otros casos es visto como una reclamación de los derechos de los criollos, descendientes de los conquistadores y pobladores que, se decía, habían sido desplazados por los metropolitanos, y privados de los derechos que les correspondían en el reino ganado por sus mayores. De esta suerte, una tesis ligaba la idea de la independencia con el pasado indígena, como si fuera a renacer ese pasado a través de la independencia, y la otra tesis, ya dentro del marco hispano, señalaba que los derechos de los conquistadores y pobladores criollos y de sus descendientes nacidos en la tierra no habían sido respetados. Los peninsulares ocuparon los puestos

principales y no trataron a los americanos con la deferencia que merecían, los cuales reclamaban por ello. Ésta debía ser la “tesis criolla” de la independencia y se encuentra muy claramente expuesta, como sabemos, en los libros de fray Servando Teresa de Mier.

Bien, yo en esa plática ampliaba algo más el tratamiento de las dificultades que nos causa el estudio de la época española, de sus complejidades, y los errores que cometemos cuando estamos frente a esa etapa. Ustedes pueden verlo, si tienen paciencia, con más amplitud en ese texto, y hoy sólo quiero mencionarlo brevemente, al pasar, con algunas de estas citas. Lo que sí puedo decirles es que varias gentes nos damos cuenta del problema y hasta hemos escrito acerca de él de cuando en cuando. Voy a leerles una opinión de un escritor fino pero que no era historiador, sólo tenía sentimientos hacia la historia, que era Mauricio Magdaleno. Vamos a ver lo que escribió, comenzando por esto que acabamos de mencionar. Para él había en la Nueva España un conjunto de pueblos que encontraron las huestes de Hernán Cortés, el azteca, el maya, el zapoteca, el mixteco, el otomí, el totonaca, el purépecha, el llamado tipo de occidente, etcétera. Estos pueblos dejaron grandes monumentos que hoy apreciamos. Pero en lo que él no está de acuerdo es en el aspecto de los orígenes del mestizaje mexicano. Yo he aconsejado, sobre todo en los últimos tiempos, que tengamos mucho cuidado, porque no son, como se dice, dos troncos; existen en efecto los dos troncos, pero muy subdivididos y multiplicados. Yo puedo verlo con facilidad puesto que mi área nativa es la maya y advierto las enormes diferencias que hay con Michoacán, con Veracruz o, sobre todo, con el centro. Siempre hago notar que, desde la llegada de Pánfilo de Narváez, que trajo al negro con viruela, hecho que influyó terriblemente en la epidemia que diezmó a los defensores de Tenochtitlan, la raza africana estuvo influyendo en nuestra historia. Después se multiplicó y, aunque sea difícil de creer, en Zacatecas hubo a veces más negros que españoles y que indígenas. Es una realidad la llegada del tronco africano. Y luego, cuando se abre la ruta del Pacífico, arriba el tronco oriental, sobre todo a Puebla, en particular a los obrajes donde trabajaban los filipinos. De suerte que yo opino que esa creencia de que sólo somos fruto de dos elementos que se mezclan es limitada. Hay más. Estos indígenas que enumera Magdaleno dejan grandes monumentos que apreciar, conforman el tronco indígena, y él quiere revisar la estructura del tronco hispánico. Hay desdén que frecuentemente trata de borrar siglos enteros de formación nacional como son los llamados de la Época Colonial y explica: “a bandazos vamos navegando”, y si para el siglo XIX las culturas indígenas existieron apenas si dudosamente, para el nuestro la obra social, política, económica y cultural de la Colonia, tres siglos de punta a punta, no pasan de ser un absurdo vacío. Claro, Magdaleno no está de acuerdo y por

eso lo escribe; yo apunto a continuación, en ese trabajo, que coincido con Magdaleno y otros autores en hacer una pregunta, ¿le conviene a México como nación seguir en la cuerda de la “leyenda negra”, negando todo ese pasado hispánico, viendo en él solamente aspectos negativos o deficientes? ¿O sería una posición más inteligente, más verdadera y más conveniente abrir los ojos para recoger los valores de ese pasado, y sin perjuicio de las opiniones de conservadores, de liberales o de gentes del día de hoy, pensar que México necesita reconocer este aspecto de su existencia porque, además, es el que le permite acercarse a los otros pueblos de Iberoamérica? Quien vio esto muy claramente fue José Vasconcelos. A México le conviene sentir que marcha en la historia en compañía y no aislado, como un ente totalmente distinto y raro en el mundo, lo que no es cierto. Tenemos, por fortuna, esa comunidad de lengua, esos elementos históricos y culturales en común con otros pueblos de Iberoamérica, y creo que esto también le da a México más fuerza en el panorama general tan difícil en el que vivimos. Recuerdo la duda, propuesta por un agudo pensador brasileño, acerca de que no estaba muy seguro de que el “pueblo mexicano” en sus circunstancias presentes fuera viable.

Para volver al planteamiento general del estado de la historiografía voy a hacer un comentario sobre otro artículo mío relativo al problema del que trata el historiador. Apareció en un número de la *Gaceta* de la UNAM, de esta Universidad, en la página 19, correspondiente a la que llaman quinta época, volumen 1, número 68, del 27 de septiembre de 1982. Hago un análisis sobre el tiempo del historiador. Lo enfoco así: puede decirse que el historiador tropieza con el tiempo, los problemas del tiempo son la tarea del historiador. Está por una parte la vida de la persona que escribe esa historia, las transformaciones de su propio modo de ver las cosas. Al lado de ese tiempo que yo llamo *personal*, está el tiempo que llamo *social*, el de la vida que se está desarrollando en torno de uno; a mí me tocó, por ejemplo, ver muy de cerca la Guerra Civil Española y después la Segunda Guerra Mundial. Yo no había creado nada de eso, era nada más una persona que pasaba por esas experiencias del mundo o de las naciones. Son éstas las fuertes realidades de la sociedad del tiempo en que el historiador vive y créanme ustedes que influyen en su visión. Cuando, en 1947, ya terminado el segundo conflicto mundial, pude volver a Europa, traté muy de cerca a los historiadores franceses de ese momento, precisamente a los fundadores de la gran revista de los *Annales*, a Braudel, por ejemplo, que hizo su gran obra sobre el Mediterráneo, y todos ellos habían pasado por severas experiencias. A tal punto que Braudel había estado varios años prisionero en un campo de guerra de los alemanes. Y el compañero de Lucien Febvre, fundador también de la revista de los *Annales*, el gran historiador social Marc Bloch, había entrado en la resistencia francesa y fue fusilado por los ocupantes

alemanes de Francia. Ya ven ustedes que también nos sucede eso: no escogemos ni los años en que vamos a vivir (los de la persona) ni tampoco lo que ocurrirá en el tiempo social que acompaña a ese lapso que es nuestra propia vida: on fuerzas enormes que, como dicen los franceses, *bouleversent le monde*, trastornan, revuelven el mundo, y allí está uno metido; muy extraño sería ese personaje historiador si no captara todas esas experiencias que se le acercan. Por eso hablo del tiempo social en que se desarrolla la vida del historiador. Pero, para acabar de complicar las cosas del tiempo del historiador, está el hecho de que su afición o profesión lo lanza al *tiempo ido*, hacia otra gente que ya ha pasado, con la salvedad de que los gustos de los historiadores actuales lo conducen a veces a hacer lo que llaman “historia contemporánea”, y se ponen a escribir sobre personas y acontecimientos muy cercanos a su tiempo. Pero aun en ese caso, si se cogen el periodo de la Revolución Mexicana, por ejemplo, ésta tiene sus años de haber ocurrido y muchos de sus grandes hombres y mujeres ya han fallecido es decir, que incluso en ese caso se puede decir que es un tiempo *histórico*, es un tiempo pasado, de generaciones que ya han pagado su tributo a la muerte. Quizá por eso decía yo que, en última instancia, puede observarse que la tarea del historiador está en la convergencia del tiempo personal y del tiempo social que le toca, con esa tercera dimensión, la del tiempo pasado que analiza, para así incorporarlo a sus propias vivencias. Aquí está el *quid* de la cuestión: hay dos tiempos que dialogan a través de la persona del historiador, lo que ocurrió antes y lo que acontece ahora, y de qué manera se realiza ese diálogo, con qué cualidades, con qué facultades, ese hombre o mujer mira desde el tiempo de hoy hacia atrás, cómo lo hace y qué deja como fruto de ese esfuerzo; todas ellas son cuestiones que ayudan algo a pensar en el problema general del historiador frente al tiempo, sobre todo ante el tiempo pasado.

Esto me lleva de nuevo al libro de Gertrude Himmelfarb que está basado en experiencias, sobre todo, de la historia inglesa. Al lado de ellas vienen sus reflexiones, en algunos casos, de orden general, las que sí tienen significación para quien desde hoy quiera ver ese problema que la autora aborda, *the new history*, es decir, lo que ahora se piensa, y *the old*, la que se pensó, no muy vieja pues puede datar de tres o cuatro décadas apenas. En este importante trabajo es posible ver algunos ejemplos con respecto al problema, que ya mencioné, de que se hacía la historia de las instituciones, de los estados, de las guerras, de los reyes, de las leyes, etcétera, y que actualmente, en cambio, lo que importa hacer es la historia económica y la historia social. Ella dice muy bien “que suplemente”, “que complete”, “que amplíe” lo que antes se veía. Como me pasa a mí, ella está de acuerdo con esto; debo decir que a veces he practicado esta historia, así ocurre en un libro mío que se llama *Los esclavos indios en la*

Nueva España (México, El Colegio Nacional, 1968 y 1981), en el cual no se puede decir que estoy haciendo biografías de grandes personajes; estoy en ese campo de la historia social y de los hombres colocados en el piso de esa historia, no en las alturas. Por eso ella dice muy bien “que suplemente”, “que amplíe”, como lo quería Humboldt y como lo aceptan otros historiadores del tiempo actual. El propio Altamira ha querido hacerlo. Y dice ella con mucha finura “pero que no suplante” lo que se entendía como historia. Vean ustedes ese diálogo entre la antigua historia y la nueva historia que ella acepta; y ha escrito también un libro, que ya tradujo el Fondo de Cultura Económica, sobre la pobreza en Inglaterra. Es historia social y la hace bien, con cuidado, pero ella está consciente de que, además de esa pobreza, hubo leyes inglesas sobre la pobreza, hubo partidos políticos que se situaron, que tomaron una posición ante ese problema, es decir, que no se puede ver desde un solo ángulo como si se borrara la existencia de la otra forma de ver la historia.

Luego ella se plantea un problema muy importante que se conecta con la idea de progreso. Le parece que en algunas de las etapas y de las formas de la nueva historia no hay progreso, sino más bien hay regresión, es decir, lo que ya se había visto con más claridad antes, de pronto se oscurece, se olvida, y el historiador se coloca mal ante problemas que ya habían sido vistos mejor. Esto es muy importante para reflexionar sobre nuestro oficio de historiar. Ella pone como ejemplo la posición de un historiador inglés muy importante, Thomas Macaulay, en *History of England*, editada en 1848 y 1862. El comentario realmente es muy acertado: dice que la historia de Macaulay comúnmente se ve como una exaltación del progreso; frente a la historia –dice ella– que es “un triste testimonio de la regresión cultural de nuestros propios tiempos”. ¿Por qué? Porque algunos quieren una historia sin el Estado, una historia en donde ya no se haga caso de las leyes, de los parlamentos, que tanto importaron en la historia. A ella le parece que esto no es realmente progreso, que es una modificación que hace regresar la historia en vez de hacerla avanzar. Pero el punto central del libro está en otro párrafo que, gracias a la doctora Gisela von Wobeser aquí a mi lado, podrán escuchar leído bien en español, cuando está escrito en inglés, y dice así: “este mundo presente, éste que estamos viviendo, ¿qué títulos tiene para creer que es la cúspide de la humanidad?; tiene uno, que está vivo, y los otros ya murieron, eso es cierto. Los griegos, los romanos, los españoles, todos... Eso sí, estos últimos están todavía vivos y pueden hablar y escribir, ésa es la ventaja que tienen”. Y ella hace esta pregunta tremenda: “pero tú, mundo moderno, mundo actual, ¿quién eres para pretender ser el último peldaño de la historia; para pretender que te puedes erigir en juez de aquellas situaciones y personas y de todo lo que sucedió y tratarlos compasivamente porque vivieron antes...? Fíjense ustedes que eso la lleva a hacer la

pregunta: “¿Y tú, mundo actual, quién eres?” Y aquí da a continuación la respuesta, que es tal vez el nervio y la enseñanza fundamental de este libro. Claro que las ideas de ella no son únicas; ese modo de ver la historia existe en el mundo actual; junto a esa otra situación pretenciosa que dicta la ley a las gentes del pasado, hay otros modos de sentir la historia en el presente. Lo importante es que escuchen ustedes ese análisis que ella hace, ese ensayo de respuesta para quienes se han preguntado qué es este mundo de hoy, de fines del siglo XX.

Razona que las experiencias de esta centuria difícilmente nos permiten tener cualquier complacencia acerca del presente y menos aún del futuro. Una visión pesimista, incluso apocalíptica, conviene más naturalmente a una generación que ha aprendido con gran pena que los más impresionantes descubrimientos científicos pueden ser puestos al uso más destructivo; que la prosperidad material tiene a veces una relación inversa con la calidad de la vida; que una política social generosa puede crear tantos problemas como los que resuelve; que aun el más benigno de los gobiernos sucumbe bajo el peso muerto de su burocracia al mismo tiempo que los menos benignos son ingeniosos en inventar nuevos y horribles medios de tiranía; que las pasiones religiosas se exacerban en un mundo que es crecientemente secular y que las pasiones nacionales crecen en un mundo que es fatalmente interdependiente; que los países más avanzados y poderosos quedan prisioneros de un puñado de terroristas primitivos; que nuestros principios más queridos: libertad, igualdad, fraternidad, justicia, y aun la paz, han sido degradados y pervertidos de maneras que nuestros antepasados no hubieran imaginado jamás. En cada caso estamos confrontados con promesas destrozadas, con esperanzas oscurecidas, con dilemas irreconciliables, con buenas intenciones aniquiladas, con una elección entre males, con un mundo inclinado al desastre, y con los clichés familiares, que son todos verdaderos, y que parecen desmentir las ideas del progreso.

Ya ven ustedes que esta imagen del fin del siglo XX no puede decirse que sea benigna; por el contrario es crítica y lógicamente lleva a la gente a pensar que si nuestro mundo tiene tales dificultades, y las tiene a finales del siglo XX, debemos ser un poco más tolerantes, un poco más modestos cuando estamos viendo las otras épocas, las que hemos dejado atrás. Olvidemos sobre todo la soberbia, la creencia de que ya llegamos a la perfección del género humano —que somos los maestros, nosotros—, mientras todos los que nos antecedieron fueron aprendices que nada más prepararon nuestro mundo.

Ahora bien, yo creo —y esto he tenido que pensarlo bastante cuando se hizo un trabajo internacional grande en la UNESCO bajo la dirección del científico brasileño Paulo Carneiro sobre la historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad— que tampoco se puede decir que todo cae en

saco roto. No, eso no es cierto, las generaciones pasan, sufren, mueren, pero también dejan, o principios, o realidades, o aplicaciones de las ciencias que los que vienen después pueden tomar para su beneficio. Por eso la idea del progreso no es completamente equivocada y hay cierto mérito en reconocer también esos valores, esas realizaciones que el pasado nos deja y que hacen más fácil la vida actual. Yo acabo de tener un ejemplo: me decían “usted estudia y admira a esos religiosos del siglo XVI que hablaron de libertad, que lucharon por ella, pero tenían esclavos en su casa...” Pues bien, la esclavitud se vivía en el siglo XVI, era parte de la sociedad, y estos religiosos, cuando les llegaba el momento de morir, generalmente los liberaban en sus testamentos. Yo le contesté a mi interlocutor, “mire usted, ¿no piensa acaso que –como decían hace cien años– culpas son del tiempo y no de España? ¿No cree que hay formas en la vida que uno practica, a veces sin darse cuenta, y que luego otras gentes, de generaciones posteriores, nos van reprochar...?” Estimo que con esto ya se aclara un poco el tema que deseaba conversar con ustedes, que es esa manera, la mejor posible, de entablar el diálogo desde ahora, en las circunstancias en que vivimos, con las épocas del pasado. Pero sí debo decir (creo que aquí hay personas que han trabajado conmigo bastantes años y no pensarán que es una improvisación), que yo no soy un historiador proselitista; a mí me ha costado mucho trabajo, como artesano de la historia, acercarme a estos temas, encontrarlos, reflexionar sobre ellos. Sin embargo, yo no me creo poseedor de grandes verdades que vaya a transmitir y mucho menos voy a pedirles que las sigan, ésa jamás ha sido mi actitud.

Para hacer fructuoso el diálogo del que se ocupa el oficio del historiador hay que utilizar todos los elementos a nuestro alcance, los más válidos posibles, para salir de estas dificultades y problemas que nos plantea la historia; pero también, como ustedes lo han visto, el tiempo presente trae consigo sus limitaciones que son de considerar en cuanto influyen en ese diálogo con los tiempos pasados. Creo que esto es todo lo que tenía que decirles.